



MUERTES POR DESESPERACIÓN Y EL FUTURO DEL CAPITALISMO

ANNE CASE
ANGUS DEATON

PREMIO NOBEL DE ECONOMÍA

Por primera vez desde la primera guerra mundial, en Estados Unidos la esperanza de vida ha disminuido durante tres años consecutivos. Es algo que no ha pasado recientemente en ningún otro país rico. En las dos últimas décadas, las muertes por desesperación debidas a sobredosis de droga, suicidios o enfermedades relacionadas con el alcohol han aumentado de manera drástica entre los trabajadores blancos y, en la actualidad, cada año son la causa de cientos de miles de fallecimientos en Estados Unidos. ¿Por qué ha sucedido esto en el país más rico y poderoso del mundo? ¿Qué fuerzas económicas y sociales han hecho que la clase trabajadora blanca ya no pueda acceder a los empleos buenos y prosperar, y recurra a los opioides para calmar el dolor y la desesperación? ¿Por qué cada vez más no contar con un título universitario supone estar condenado a una vida insatisfecha? En este libro demoledor, Angus Deaton, ganador del Premio Nobel, y Anne Case retratan el declive del sueño americano para muchos trabajadores blancos que ven cómo sus familias se rompen y sus esperanzas se frustran. Mientras las élites universitarias y profesionales prosperan y alcanzan unas cotas de riqueza sin precedentes, una parte importante de la población es testigo de cómo el capitalismo le deja de lado y su vida es cada vez más corta.

*Para Julian, Celestine, Lark, Andrew,
Ryan, James, John, Marie y Will.
Que disfruten un mundo con más
justicia y menos desesperación*

Prefacio

En *El gran escape*, publicado en el año 2013, uno de nosotros contó una historia positiva sobre el progreso humano durante los últimos doscientos cincuenta años. Aquel relato hablaba de un progreso material previamente inimaginable, de la disminución de la pobreza y la privación, y de la ampliación de la duración de la vida humana. La generación de un conocimiento útil y su aplicación hicieron que este progreso fuera posible. El protagonista de la función era el capitalismo, que liberó a millones de personas de la pobreza extrema, secundado por las fuerzas positivas de la globalización. La democracia se propagó por el planeta, permitiendo que cada vez más gente participara en la conformación de sus comunidades y sociedades.

Este libro es mucho menos alentador. Documenta la desesperación y la muerte, critica aspectos del capitalismo y cuestiona la manera en que la globalización y el cambio tecnológico funcionan hoy en día en Estados Unidos. Pero seguimos siendo optimistas. Creemos en el capitalismo, y seguimos creyendo que la globalización y el cambio tecnológico pueden gestionarse para el beneficio general. El capitalismo no tiene que funcionar como lo hace actualmente en Estados Unidos. No es necesario abolirlo, pero debería reorientarse para servir al interés público. La competencia de libre mercado puede hacer muchas cosas, pero hay muchos ámbitos donde no funciona bien, entre ellos la provisión de atención médica, cuyo coste exorbitante está haciendo un daño inmenso a la salud y el bienestar de Estados Unidos. Si los gobiernos no están dispuestos a imponer la obligatoriedad del seguro médico y a asumir el poder de controlar los costes —como han hecho otros países ricos—,

la tragedia es inevitable. Las muertes por desesperación tienen mucho que ver con la incapacidad —la excepcional incapacidad— de Estados Unidos para aprender esta lección.

Ha habido periodos anteriores en los que el capitalismo le falló a la mayoría de la gente, como cuando la Revolución Industrial se puso en marcha a principios del siglo XIX, y de nuevo después de la Gran Depresión. Pero la bestia estaba adormecida, no muerta, y generó los grandes beneficios expuestos en *El gran escape*. Si implantamos las políticas correctas, podemos asegurar que lo que ocurre ahora no sea el preludio de otro gran desastre, sino un revés temporal del que podremos salir con una prosperidad creciente y una salud mejor. Esperamos que este libro, aunque no sea tan esperanzador como *El gran escape*, nos ayude a regresar a un camino que, en este siglo, permita alcanzar el progreso que, en general, logramos en el pasado. El futuro del capitalismo debería ser de esperanza y no de desesperación.

Hemos escrito el libro para que pueda leerse sin consultar las notas o, para quienes lo escuchan en audiolibro, sin mirar los gráficos. El texto es autosuficiente y los gráficos se describen con el suficiente detalle para que el argumento sea comprensible sin ellos. Utilizamos las notas con dos fines. La gran mayoría son citas que documentan o proporcionan datos referentes al tema que estamos abordando. En algunos casos, las notas se usan para desarrollar la documentación técnica, por si los lectores académicos quieren consultarla. No son necesarias para nuestra historia.

Escribir este relato sobre la desesperación ha sido angustioso a menudo, y a algunos lectores también les resultará angustioso. La gente que sufre depresión o las adicciones que describimos cuentan con ayuda externa. Si tienes pensamientos suicidas, llama a la National Suicide Preven-

tion Lifeline al 1-800-273-8255 (TALK^[1]). Puedes encontrar una lista de recursos adicionales en [SpeakingOfSuicide.com/resources](https://www.SpeakingOfSuicide.com/resources). Si tú, alguien de tu familia o alguien a quien conoces es adicto a las drogas o el alcohol, un buen primer paso sería hablar con un médico de cabecera de confianza o un consejero espiritual. También recomendamos Alcohólicos Anónimos [alcoholicos-anonimos.org](https://www.alcoholicos-anonimos.org) y Al-Anon [al-anonespana.org/](https://www.al-anonespana.org/); esta última trabaja con los miembros de la familia de los afectados. Estas organizaciones mantienen reuniones en la mayoría de los lugares de Estados Unidos y de todo el mundo, proporcionando ayuda a mucha gente, además de una comunidad de apoyo efectivo que es acogedora y no presenta riesgos. Sus páginas web están pensadas para ayudar a encontrar grupos locales.

ANNE CASE y ANGUS DEATON
Princeton, Nueva Jersey, octubre de 2019

Introducción

Muerte en la tarde

Este libro nació en una cabaña de Montana en el verano de 2014. Todos los años pasamos el mes de agosto en la aldea de Varney Bridge, junto al río Madison, con vistas a las montañas de la cordillera Madison. Habíamos prometido investigar el vínculo entre la felicidad y el suicidio, y si era verdad que los lugares infelices —condados, ciudades o países en los que la gente declara que su vida va francamente mal— también son sitios donde el suicidio es más habitual. Durante los últimos diez años, el condado de Madison, en Montana, ha tenido una tasa de suicidio cuatro veces superior a la del condado de Mercer, en Nueva Jersey, donde pasamos el resto del año. Teníamos curiosidad, sobre todo porque, en general, nosotros éramos felices en Montana, y había más personas allí que también parecían serlo.

En ese proceso, descubrimos que la tasa de suicidio entre los estadounidenses blancos de mediana edad estaba aumentando con rapidez. Encontramos algo más que nos desconcertó. Los estadounidenses blancos de mediana edad padecían otros sufrimientos. Declaraban experimentar más dolor y en general tener una peor salud, no tanto como los estadounidenses más mayores —a fin de cuentas, la salud empeora con la edad—, pero la diferencia se estaba reduciendo. Entre las personas mayores, la salud estaba mejorando, mientras que entre las de mediana edad, la tendencia era la contraria. Sabemos que el dolor puede lle-

var a la gente a suicidarse, de modo que ¿estaban los dos hallazgos vinculados?

Eso fue el principio. Mientras pensábamos acerca de cómo escribir nuestros resultados, quisimos poner los suicidios en contexto. ¿Cómo de relevantes eran los suicidios en relación con todas las demás muertes?, ¿y en comparación con las principales causas, como el cáncer o las enfermedades cardíacas? Volvimos a los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, descargamos los datos e hicimos cálculos. Para nuestro asombro, entre los blancos de mediana edad no sólo estaba aumentando el suicidio; lo hacían *todas* las muertes. No demasiado, pero se supone que las tasas de mortalidad descienden cada año, de modo que incluso una interrupción de esa tendencia es significativa, por no hablar de un incremento.

Pensamos que habíamos dado con una clave equivocada. La caída constante de las tasas de mortalidad fue una de las mejores características del siglo XX, y de las más consolidadas. La mortalidad debida a todas las causas se supone que no debería aumentar en *ningún* gran grupo. Hay excepciones, como la gran epidemia de gripe al final de la Primera Guerra Mundial, o hace treinta años la mortalidad debida al VIH/sida entre los hombres jóvenes. Pero el descenso constante de las tasas de mortalidad, sobre todo en la mediana edad, ha sido uno de los logros más importantes (y más fiables) del siglo XX, que ha hecho subir la esperanza de vida al nacer no sólo en Estados Unidos, sino en otros países ricos del mundo.

¿Qué estaba sucediendo? No había suficientes suicidios para explicar ese cambio de tendencia en las muertes totales. Buscamos otras causas que pudieran ser las responsables. Para nuestra sorpresa, los «envenenamientos accidentales» eran una parte importante de la historia. ¿Cómo podía ser? ¿Por alguna razón la gente bebía accidentalmente desatascador Drano o herbicida? En nuestra (entonces) inocencia, no sabíamos que «envenenamientos accidentales»

era la categoría que incluía las sobredosis de droga, o que había una epidemia de muertes debidas a los opioides, que ya había arraigado y se propagaba con rapidez. Las muertes por enfermedad hepática alcohólica también aumentaban con rapidez, de modo que el veloz aumento de las tasas de mortalidad se debía a tres causas: suicidios, sobredosis de droga y la enfermedad hepática alcohólica. Este tipo de muertes son autoinfligidas, apresuradamente con un arma, más despacio y de manera menos definitiva con la adicción a las drogas, y más lentamente aún con el alcohol. Acabamos llamándolas «muertes por desesperación», porque era un término conveniente para designar las tres causas en conjunto. No conocíamos la clase exacta de desesperación, si era económica, social o psicológica, y no la presumimos. Pero el término resultó eficaz, y este libro es una investigación profunda de esa desesperación.

El libro trata de esas muertes y de las personas que están falleciendo. Documentamos lo que encontramos en aquel momento, y lo que nosotros y otras personas hemos ido encontrando desde entonces. Otros escritores, en la prensa y en una serie de libros excelentes, han puesto nombre y cara a los muertos y han contado sus historias. Recurriremos también a esos relatos. Nuestro trabajo previo se centró principalmente en documentar lo que estaba sucediendo, pero aquí vamos más allá e intentamos seguir el rastro hasta las raíces sociales y económicas subyacentes.

¿Quién está muriendo? Cuando una persona fallece, se rellena un certificado de defunción, y una de las casillas pregunta sobre el nivel educativo del fallecido. Aquí había otra sorpresa. El incremento en las muertes por desesperación se producía sobre todo entre quienes no tenían una licenciatura. Aquellos con un título de cuatro años estaban en su mayoría excluidos; son quienes no tienen la licenciatura los que están en peligro. Esto era particularmente sorprendente en el caso del suicidio; durante más de un siglo, en general, éstos eran más habituales entre la gente con

más estudios^[1], pero no ocurre así en la actual pandemia de muertes por desesperación.

El título universitario de cuatro años divide cada vez más a Estados Unidos, y los efectos extraordinariamente beneficiosos del título son un tema constante a lo largo del libro. La brecha creciente entre aquellos con una licenciatura y sin ella no sólo afecta a la muerte, sino a la calidad de vida; entre los que no tienen título, hay un aumento de los niveles de dolor, de mala salud y de angustia mental seria, y una disminución de su capacidad para trabajar y socializar. La brecha también se amplía en los ingresos, la estabilidad familiar y la comunidad^[2]. Una licenciatura de cuatro años se ha convertido en el marcador clave del estatus social, como si a los no licenciados se les requiriera que llevaran una chapa circular escarlata con la palabra *licenciado* tachada con una línea roja diagonal.

En el último medio siglo, Estados Unidos (como el Reino Unido y otros países ricos) ha construido una meritocracia que, con razón, vemos como un logro importante. Pero eso tiene una parte negativa que predijo hace mucho Michael Young, el economista y científico social británico que inventó el término en 1958 y que consideraba que la meritocracia conducía a la desgracia social^[3]. Los que no aprueban los exámenes y no pasan a formar parte de la élite cosmopolita no consiguen vivir en las ciudades prósperas, de rápido crecimiento y alta tecnología, y se les asignan puestos de trabajo amenazados por la globalización y los robots. A veces, la élite puede ser arrogante respecto a sus logros, que atribuye a su propio mérito, y despectiva respecto a quienes no tienen un título, que tuvieron una oportunidad pero la desperdiciaron. A quienes tienen una formación menor, se les subestima e incluso se les falta al respeto, se favorece que piensen en sí mismos como perdedores, y pueden llegar a sentir que el sistema está manipulado en su contra^[4]. Cuando los frutos del éxito son tan grandes co-

mo en la actualidad, también lo son las penas por suspender el examen de la meritocracia. Proféticamente, Young se refirió a los grupos que se quedaban atrás como «los populistas» y a la élite como «la hipocresía».

No sólo contamos una historia que tiene que ver con la muerte, sino con el dolor y la adicción, y con vidas que se han hecho pedazos y han perdido su estructura y significado. Para los estadounidenses sin una licenciatura, las tasas de matrimonios están disminuyendo, aunque la cohabitación y la fracción de niños nacidos fuera del matrimonio continúa aumentando. Muchos hombres de mediana edad no conocen a sus hijos. Dejaron a la mujer con la que cohabitaban y ahora los hijos de esa relación viven con un hombre que no es su padre. El consuelo que solía provenir de la religión organizada, en especial de las iglesias tradicionales, está ausente de muchas vidas. Las personas están menos vinculadas al trabajo; muchas se encuentran completamente fuera de la población activa, y pocas tienen un compromiso a largo plazo con un empleador que, a su vez, en su momento se comprometió con ellas, una relación que, para muchas, confería estatus y era uno de los fundamentos de una vida con sentido.

El número de trabajadores que pertenecían a un sindicato era mayor. Los sindicatos ayudaban a mantener el nivel de los salarios y a dar a los trabajadores cierto control sobre su lugar de trabajo y las condiciones del puesto. En muchos pueblos y ciudades, la oficina de empleo del sindicato era el centro de la vida social. En gran parte, los buenos salarios que en el pasado mantuvieron a la aristocracia obrera han desaparecido y la manufactura ha sido sustituida por empleos en el sector servicios —por ejemplo, en la atención médica, en la preparación de alimentos y su venta, en servicios de conserjería y de limpieza, y en mantenimiento y reparación.

Nuestra historia de muertes por desesperación, de dolor, de adicciones, alcoholismo y suicidio, de trabajos peo-

res con salarios más bajos, de cada vez menos matrimonios, y de religión en declive es sobre todo una historia de estadounidenses blancos no hispanos sin una licenciatura de cuatro años. En 2018, la Oficina del Censo estimó que había 171 millones de estadounidenses entre veinticinco y sesenta y cuatro años. De éstos, el 62 por ciento eran blancos no hispanos, y el 62 por ciento de ellos no tenía un título universitario de cuatro años; los estadounidenses blancos con menos formación que constituyen el grupo de riesgo son el 38 por ciento de la población en edad de trabajar. Las fuerzas económicas que están perjudicando al trabajo son comunes a todos los estadounidenses de clase trabajadora, independientemente de su raza o etnia, pero las historias de los blancos y las de los negros son muy diferentes.

En las décadas de 1970 y 1980, los afroamericanos que trabajaban en los barrios pobres del centro de las ciudades experimentaron situaciones que, en retrospectiva, comparten algunas características con lo que le sucedió a la clase blanca trabajadora treinta años después. La primera ola de globalización golpeó a los negros de una manera particularmente dura, y los puestos de trabajo en el centro de la ciudad se volvieron escasos para este grupo desfavorecido durante mucho tiempo. Los negros con mejores estudios y más talento abandonaron los centros pobres de las ciudades por vecindarios urbanos más seguros o zonas residenciales. Las tasas de matrimonio cayeron cuando los hombres que antes habrían sido susceptibles de casarse ya no tenían trabajo^[5]. Aumentaron las tasas de delincuencia, al igual que la mortalidad debida a la violencia, a las sobredosis de droga durante la epidemia del *crack* y al VIH/sida, que afectaron de manera desproporcionada a los negros. Los negros, siempre el grupo menos favorecido, vieron cómo ese estatus se reforzaba al ser los primeros en experimentar las desventajas de un economía nacional y global cambiante que se desprendía cada vez más de los trabajadores menos cualificados.

Durante mucho tiempo, los afroamericanos han tenido vidas más duras que las de los blancos. Los negros mueren más jóvenes, hoy en día y en el pasado. Los negros también tienen menos probabilidades de ir a la universidad o de encontrar un empleo. Los que trabajan ganan de media menos que los blancos. Los negros tienen peor salud, es menos probable que sean propietarios de su casa, es más probable que sean encarcelados y que vivan en la pobreza. En muchos de esos aspectos, aunque no en todos, la vida de los negros ha mejorado; desde 1970, el nivel educativo, los salarios, los ingresos y la salud de los negros han aumentado. Entre 1970 y 2000, la tasa de mortalidad de los negros disminuyó más que la de los blancos, y en los primeros quince años del siglo XXI se desplomó, mientras que la de los blancos de clase trabajadora aumentaba.

La discriminación evidente es menor que en 1970. Ha habido un presidente negro. La gran mayoría que veía con malos ojos los matrimonios interraciales se ha convertido en una gran mayoría que piensa que están bien. Sin duda, algunos blancos están resentidos por la pérdida de sus antiguos privilegios, algo que les perjudica a ellos pero no a los negros^[6]. Se dice desde hace tiempo que los blancos pobres están padeciendo un sistema racista que en principio estaba dirigido contra los negros. Los ricos pusieron de su lado a los blancos pobres diciéndoles que tal vez no tuvieran demasiado, pero que al menos eran blancos. Como resumió Martin Luther King Jr.: «La aristocracia sureña se quedó con todo y le dio a Jim Crow al hombre blanco pobre» para que, cuando no tuviera dinero para comida, «se comiera a Jim Crow, un estereotipo psicológico para explicarle que no importaba lo mal que estuviera, al menos era un hombre blanco, mejor que un hombre negro»^[7]. A medida que Jim Crow, junto con otras formas de discriminación, perdió fuerza, los blancos de clase trabajadora perdieron cualquier beneficio que obtuvieran de aquella situa-

ción. Más de la mitad de los estadounidenses blancos de clase trabajadora cree que la discriminación contra los blancos se ha vuelto un problema tan importante como la discriminación contra los negros y otras minorías, mientras que sólo el 30 por ciento de los estadounidenses blancos con estudios universitarios piensa lo mismo^[8]. La historiadora Carol Anderson afirma que a alguien que «siempre ha sido un privilegiado, la igualdad le parece opresión»^[9].

La tasa de mortalidad entre los negros continúa siendo superior a la de los blancos, pero en las últimas tres décadas, la diferencia entre las tasas de mortalidad de los negros y de los blancos con estudios inferiores a una licenciatura se redujo notablemente. La tasa de los negros que, todavía a principios de la década de 1990, era más del doble que la de los blancos, descendió, mientras que la de los blancos subía, reduciendo la diferencia entre ellas al 20 por ciento. A partir de 2013, la epidemia de los opioides se ha propagado a las comunidades negras, pero hasta entonces, la epidemia de las muertes por desesperación era blanca.

En los capítulos siguientes, documentamos el empeoramiento de la vida de los blancos de clase trabajadora durante el último medio siglo. Los blancos no hispanos son el 62 por ciento de la población en edad de trabajar, de modo que entender su mortalidad es importante por sí mismo. La historia de lo que les ocurrió a los afroamericanos en los años setenta y ochenta se ha investigado y debatido a fondo^[10], y no tenemos nada que añadir a esa bibliografía, excepto señalar que existen paralelismos con la situación actual de los blancos. Los hispanos son un grupo muy heterogéneo, definido únicamente por un idioma común. En Estados Unidos, las tendencias de la mortalidad para los hispanos varían según cambia la composición de la gente que ha inmigrado: por ejemplo, de México, Cuba o El Salvador; no intentamos contar una historia coherente sobre ellos.

Describimos las fuerzas sociales y económicas que lentamente han hecho que la vida de la clase trabajadora sea mucho más difícil. Una línea argumental se centra en el declive de los valores o en una cultura cada vez más disfuncional dentro de la propia clase trabajadora blanca^[11]. Hay pocas dudas de que el fracaso de las normas sociales relacionadas con no tener hijos fuera del matrimonio, que al principio a muchos les pareció muy liberador, a largo plazo ha tenido un alto precio. Hombres jóvenes que pensaron que podían tener una vida libre de compromisos, en la mediana edad se encontraron solos y perdidos. Tal vez el abandono de la religión sea un elemento similar, pero también se puede pensar en él como el fracaso de la religión organizada a la hora de adaptarse al cambio político y económico, y de seguir proporcionando sentido y consuelo en un mundo cambiante. Es evidente que estos argumentos sobre las normas sociales son correctos, pero nuestra historia trata sobre todo de las fuerzas externas que han corroído los cimientos que caracterizaron la vida de la clase trabajadora tal como era hace medio siglo. Hay pruebas objetivas sólidas contra la idea de que los trabajadores son responsables de su desgracia porque perdieron el interés por el trabajo.

El salario medio de los hombres estadounidenses, corregido por la inflación, ha estado estancado durante medio siglo; en el caso de los hombres blancos sin una licenciatura de cuatro años, los ingresos medios perdieron un 13 por ciento de su poder adquisitivo entre 1979 y 2017. Durante el mismo periodo, el ingreso nacional per cápita creció un 85 por ciento. Aunque entre los años 2013 y 2017 se produjo un bienvenido cambio de tendencia en los ingresos de quienes tienen menos formación, fue muy pequeño comparado con el prolongado descenso acumulado. Desde el final de la Gran Recesión, entre enero de 2010 y enero de 2019 se crearon cerca de dieciséis millones de nuevos puestos de trabajo, pero menos de tres millones fueron para quienes carecían de una licenciatura de cuatro años. Y